

DISCURSO DEL DIRECTOR FUNDADOR DE LA ESCUELA

Enero y febrero de 1961 fueron meses agitados. Había que poner a punto, para iniciar en marzo, las actividades de una flamante Escuela de Periodismo.

Lo primero, era dar a conocer el porqué de este nuevo centro académico y para ello se preparó un folleto, que hoy nos parece un poco rústico, pero que en su tiempo cumplió su cometido. Resulta útil leer su 12 primeras líneas, que constituyen una escueta declaración de principios:

“La Universidad Católica de Chile ha creado una Escuela de Periodismo como contribución indispensable a la fundamental tarea de informar, ilustrar y orientar a la opinión pública nacional. Nadie ignora que, en nuestra sociedad contemporánea, la prensa, la radio y los demás medios informativos condicionan de una manera principalísima la forma de pensar, de querer y de obrar del individuo y de la masa en su conjunto. Es por tanto imprescindible que la colectividad sea informada de un modo veraz y que el comentario que suele acompañar a la noticia sea intelectualmente correcto y moralmente sano.

Para fomentar una información de la naturaleza descrita, verídica e inteligente, es necesario emprender la preparación de nuevas generaciones de periodistas, sólidamente formados en lo espiritual; dotados de una cultura amplia, que les permita comprender e interpretar el mundo en que viven; y diestros, en grado sumo, en el empleo de todos los conocimientos y de todos los recursos de las más modernas técnicas periodísticas”.

Estas sencillas frases, que constituían todo un programa, traducían una preocupación entonces muy extendida. Se pensaba que los requerimientos para el desarrollo del país, en todos sus aspectos, incluían una elevación en el nivel de los profesionales del periodismo.

Nuestra Universidad quiso también contribuir a la formación de los futuros hombres de prensa, aportando lo que en ella había de original: su visión cristiana del mundo.

A aquéllos que tuvimos alguna participación en la fundación de la Escuela de Periodismo, no nos corresponde verificar si esas metas, que se fijó la Universidad, se cumplieron durante los primeros 4 ó 5 años, que van desde principios de 1961 hasta que comienzan a titularse los primeros alumnos. Sin embargo, aun a riesgo de caer en subjetivismos e inmodestias, pienso que puede ser útil dar una mirada a dos características de esos sucesos académicos, acaecidos 20 ó 25 años atrás, que seguramente contribuyeron a dar permanencia en el tiempo y a asegurar frutos exitosos al nuevo plantel. Simultáneamente, la más elemental equidad y un sentimiento de gratitud impulsan a rendir homenaje a quienes fueron —en una u otra función— partícipes y colaboradores en la fundación de la Escuela.

Recuerdo que existió, desde un comienzo, un trabajo en equipo del cuerpo de profesores y de la dirección. Nos unían metas comunes de orden espiritual, cultural y profesional. Todos aspirábamos a formar una élite de periodistas de sólida formación cristiana y cultural y dotados de una metodología, de una técnica, que les permitiera ser profesionalmente eficaces. Todos creíamos que para el desarrollo integral del país era necesario contar con comunicadores honestos, profundos y capaces. Nos ligaba un sentido de desafío, para crear una escuela de muy alto nivel académico. En procura de estos ideales trabajaron todos con intensidad y abnegación.

Esa unidad dentro del cuerpo docente significó, entre otras manifestaciones, que no existieron pugnas, ambiciones, ni dimes y diretes de tipo político, a pesar de que numerosos y discrepantes puntos de vista nos separaban en materias de orden contingente. Sin embargo, imperó un clima de lealtad y recíproco respeto, que sirvió de antidoto contra los apasionamientos que muchas veces la política introduce en las relaciones entre los hombres.

Por otra parte, me atrevo a afirmar que en esos años se obtuvo, en pequeña y modesta medida, un atisbo de realización concreta de ese ideal universitario, de auténtica comunidad de maestros, alumnos y administrativos. Fueron tiempos en que todos, cada uno desde el lugar que le correspondía, empujábamos el mismo carro en idéntico sentido, poniendo todo el esfuerzo y cariño en la obra común.

Los alumnos, por su calidad humana, fueron modelo de cooperación y participación en su más plena expresión. Como correspondía a su edad y experiencia, ejercieron muchas veces la crítica acerca de aspectos de la marcha de la Escuela, que, por lo demás, estoy cierto que adolecía de notables fallas. Sin embargo, el respeto, el realismo para comprender las limitaciones, la colaboración a las innovaciones que se iban introduciendo, fueron extraordinarios. Recuerdo todavía con enorme afecto, junto con los que entonces fueron sus compañeros, a los presidentes del Centro de Alumnos de esos primeros años, todos los cuales son hoy día hombres muy destacados en la

profesión periodística: Abel Esquivel, Francisco Castillo, Vicente Pérez, Rodolfo Gambetti, etc., lejos de constituir elementos o factores de conflicto, representaban a su estamento con un espíritu profundamente solidario, entendiendo que todos teníamos una meta común, pero que a cada uno nos correspondía una labor y una responsabilidad diferente.

Por su parte, los administrativos, que ninguno de los que participábamos en aquellos años fundacionales podremos jamás olvidar, contribuyeron como nadie a dar un carácter casi familiar a la naciente escuela. Cada uno con sus características y personalidades propias, se entregaron por entero a la idea entusiastamente de formar una escuela de periodistas. Constituiría una injusticia olvidar al Coronel en Retiro don Humberto Medina Parker, quien tanto colaboró a la puesta en marcha de la Escuela. Igualmente, recordamos a la querida Brígida y a su hijo Raúl, que fueron los auxiliares de aquellos años. Por sobre todo, ninguno de los que hemos pasado, ya sea como directivos, profesores o alumnos, por la Escuela de Periodismo, en estos primeros 25 años, podremos nunca olvidar a la Sra. Olivia Gibson, siempre abnegada, leal y noble, que constituye el libro viviente de la historia de nuestra Escuela. Para ella toda nuestra afectuosa gratitud.

A la hora del reconocimiento, vienen a mi memoria los nombres de todos los profesores que pusieron su talento al servicio de la Universidad, del país y de sus discípulos. Al querer nombrarlos a todos correría el riesgo inexcusable de omitir a algunos. Sin embargo, me adhiero de todo corazón al homenaje que hoy se rinde a Octavio Marfán, que encarna todas las virtudes de nuestro cuerpo docente. En todo caso, quiero testimoniar que fueron ellos los verdaderos artífices y fundadores de esta Escuela. Siempre entusiastas, constantemente dispuestos a gastar su tiempo y sabiduría en la gestación de esta empresa docente en que, en Chile, disponíamos de tan poca experiencia aprovechable.

Hay, sin embargo, tres académicos cuyos nombres es imposible silenciar, porque dedicaron años de su vida a la consolidación de nuestra Escuela. Sin el concurso de ellos es difícil imaginar el período de su desarrollo y perfeccionamiento.

Sergio Contardo, como Sub-Director, primero, y después como Director; Jaime Martínez, el actual Decano, como hombre clave en la preparación de los planes de estudio y de las actividades docentes y Cristián Zegers, primero como director de Seminarios y luego como Sub-Director; constituyeron un núcleo de gran categoría intelectual y de profunda formación doctrinal, dotado al mismo tiempo de ese bien tan escaso, el sentido común, y todo ello arropado en una gruesa capa de humildad, de modestia de 24 kilates.

Estos tres excelentes universitarios, junto a ese grupo de profesores de selección, aseguraron el rumbo de la naciente Escuela.

A la hora de hacer justicia, es también indispensable recordar a dos maestros que se pusieron generosamente al servicio de una actividad académica, cuya proyección futura comprendían cabalmente. Don Jaime Eyzaguirre y Juan de Dios Vial Larraín, Pro-Secretario de la Universidad en esa época, fueron permanentes consejeros y auténticos paños de lágrimas de la Dirección de la Escuela. El plan de estudios y la selección del profesorado durante el período fundacional estuvieron muy determinados por la asesoría anónima y sin lucimiento personal que ellos estuvieron siempre dispuestos a brindar.

Por último, merecen un homenaje muy sentido y de plena justicia dos hombres visionarios, sin cuya iniciativa y poderoso apoyo, la Escuela de Periodismo no habría nacido. Motor de la idea fue don Alejo Lira Infante, Consejero de la Universidad, vinculado por largos años a la actividad periodística, quien a avanzada edad, dedicó todos sus afanes a hacer posible la realización de su proyecto, encontrando soporte vigoroso en el Rector Monseñor Alfredo Silva Santiago, quien mantuvo durante todos los primeros años de existencia de la Escuela una especial preocupación por su desarrollo, otorgándole incondicional y permanente ayuda.

Al terminar este recuento, hemos dejado en la sombra los errores que ciertamente cometimos. Sirvan a lo menos de descargo dos circunstancias que abonan a nuestro favor.

La Escuela es hoy día una realidad, de excelente rango académico y científico y goza de un indiscutible prestigio nacional e internacional. Tuve oportunidad de apreciarlo personalmente durante el último verano, en que participé en la revisión del nuevo curriculum para la licenciatura en Ciencias de la Información y Título Profesional de Periodista, comprobando la estupenda categoría universitaria en que la Escuela se encuentra actualmente.

Por otra parte, los alumnos de las primeras hornadas ocupan lugares destacados en los medios de comunicación más prominentes del país, donde se han desempeñado por años con éxito singular, y también en la propia docencia universitaria, como es el caso de la brillante Directora de la Escuela, Silvia Pellegrini, a quien tanto debe el periodismo nacional.

Sean mis últimas palabras una expresión de profunda y emocionada gratitud por el obsequio y el homenaje de que he sido objeto. El corresponde con propiedad a todas esas personas que he ido mencionando a través de este discurso y a otras que, por la brevedad del tiempo o por la fragilidad de la memoria, han quedado sin nombrar. Fueron muchos los que contribuyeron a fundar la Escuela de Periodismo.

En cuanto a mí, yo siempre estoy en deuda. Esos cinco años como Director, quedan como el recuerdo del trabajo más útil y trascendente de mi vida y son retribuidos, a cada tanto, con las noticias

de los éxitos profesionales que van conquistando los ex alumnos y con la certeza de que la querida Escuela de Periodismo de la Universidad Católica de Chile ha alcanzado su madurez, prestando a Chile servicios cada vez mayores.